



T E A T R O

Yo, espectador

“EL OTRO”

MIGUEL de Unamuno asoma poco a la ventana teatral. Es una lástima, porque su pensamiento constituye una fiesta para la mente, eso no obstante la discordancia de nuestros puntos de vista con los de él. Pese a la ausencia, por momentos absoluta, de teatro, puede afirmarse sin riesgos que “El otro” no desentona en la escena. A esa falta pronunciada de teatro, se suma una inexistencia también total de humanidad, no por el problema en sí ni por las pequeñas o grandes cuestiones de cada uno, sino por la carencia de vida propia de los personajes. El autor, en su afán de conferirles categorías de símbolos, olvidó de insuflarles sentimientos, fuerza interna substancial, convirtiéndolos en meras creaciones literarias.

En esencia, “El otro” viene a ser la tragedia de la personalidad, o más que eso, la obsesión por el misterio de la vida y de la muerte. Más todavía, un canto pagano al fatalismo, según el cual se cumple ineludiblemente la supuesta ley que encadena a todos los seres. Era fatal el fratricidio cometido por Cosme y la continuación de sus instintos semi-salvajes en el hijo de su hermano, proclamados inclusive con fruición por la futura madre. Por eso, porque todo habría de cumplirse inexorablemente, nadie se esfuerza allí por evitar los acontecimientos. Y menos que todos, Cosme, que no puede con su mente, trabajada sin cesar por encontradas ideas, como un barreno que va horadando implacablemente la roca.

En realidad, para aquellos que nos atenemos a los dogmas de la fe, esta intensa tragedia carece de sentido. Para nosotros no es un misterio la vida, ni mucho menos la muerte, y la fatalidad resulta una cosa hueca, tolerable únicamente como recurso literario. Asombra constatar que en medio de tanto escepticismo, de tanto aparente misterio, de tal cúmulo de incertidumbres, se invoque tanto a Dios, y sus enseñanzas, y asimismo a los santos. O sobra aquéllo o evidentemente está de más ésto. Ambas cosas no entroncan, son tan dispares como la luz y las sombras. Necesitaríamos un espacio del que no disponemos para refutar ciertas apreciaciones, no ya sobre lo divino, sino aun atingente a lo humano. Baste consignar que no es lícito generalizar sentimientos — instintos, mejor — tan monstruosos, tan disociadores. Es más. Admitiendo la probabilidad — la certeza, si se prefiere — de su par en la vida, no corresponde concederle una mayoría mentirosa.

El artista se manifiesta en toda su potencia, no tan plena ya. Ante todo, es admirable el trazado del protagonista, y en menor escala el de las dos mujeres que se lo disputan. Y es mérito al caudal artístico, que en algunos pasajes, especialmente en los últimos del tercer acto, la emoción llega a apoderarse del ánimo, anulando pequeños pormenores, o grandes pormenores, que llevaron a fichar los personajes como meras creaciones literarias. La prosa de Unamuno es descarnada, recia, conceptuosa, pero afectada y de estilo juzgadamente chocante para nuestro espíritu argentino, limpio de españolismos. Un último reparo: sobra el epílogo. Sin duda ha creído Unamuno que su misterio era demasiado espeso y quiso facilitarnos la solución, cual si se tratase de una charada, y hasta un extracto de lo sucedido y sus antecedentes, tal vez para mejor comprensión. Con eso no hizo otra cosa que retardar inobjektivamente la caída del telón.

La interpretación de una pieza semejante se presenta erizada de dificultades, que la buena voluntad de los comediantes y la pericia directriz de Lola Membrives no lograron vencer. A Luis Arata debe reprochársele su excesiva exterioridad y el acoño abrumador de mímica. Muchos visajes, numerosos gestos y ademanes, y escasa, muy escasa vida interior. Con todo, es elogiable su deseo de enfrentarse con teatro de jerarquía, y ya esto sólo significa un aval considerable. El resto — Berta Gangloff, Luisa Vehil, Felisa Mary, F. Martínez Allende, Eduardo González — estuvo bastante por debajo del primer actor, y a su incompreensión se debe que algunos trozos provocaran la sonrisa cuando no se desprendía tal cosa del texto. La carga se torna más pesada para la Gangloff y la Vehil, que encarnan los personajes siguientes en importancia al protagonista, y para Martínez Allende, amanerado hasta aproximarse, y confundirse, con el afeminamiento. De ponderable estilización los decorados y el mobiliaje, desusados en los escenarios criollos.

